

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



LA VACA

LOS ESTUDIANTES ACABAN DE LEER EL RELATO, *LA VACA*, DE GHOLAM-HOSSEIN SAEDI. UNO DE ELLOS PREGUNTA INTRIGADO, A EMED, EL PROFESOR: «¿CÓMO PUEDE UNO CONVERTIRSE EN VACA?». EMED REFLEXIONA UN INSTANTE. «POCO A POCO», RESPONDE. ASÍ LO INTERPRETA ASGHAR FARHADI EN SU PELÍCULA *THE SALESMAN*.

La longevidad de una vaca suele ser de unos veinte años en estado natural y de unos cinco en una granja de explotación ganadera, la del ternero apenas alcanza, antes de su sacrificio, unas semanas de existencia. La propiedad de sí misma, lo que le es propio a una vaca, es pacer, rumiar y dormir. Gregaria, se agrupa en manadas cuyos miembros se reconocen individualmente y expresan afectos entre ellos mientras recorren las distancias que les permiten encontrar el pasto. Estabuladas en pequeños recintos con suelo de hormigón, sin apenas movilidad y dificultades para tenderse, su posibilidad de atender a sus «activadores» (a lo que le reclama la propiedad de su existencia) es mínima. Por ejemplo, la angustia de no poder atender a su ternero que es, al poco de nacer, apartado de la madre. Un pequeño que, o bien va a ser inmediatamente sacrificado sin haber siquiera pisado suelo blando, o bien va a entrar en el ciclo de explotación industrial de su madre.

El sentido que le otorgamos a una vaca, el cómo comprendemos el fenómeno «vaca», está estrictamente construido desde la disponibilidad de un útil del que se extirpa la «autenticidad», lo que le es propio. Por eso la vaca es una «res»: aquello que en latín nombra una «cosa». La vaca es aquella cosa que nos «da» leche, carne y cuero. Nuestro sentido ético frente a ella es nulo, negado por el fundamento cosificador que hace de la vaca un algo que solo existe en cuanto que nos resulta útil, hasta el punto de no cuestionar el «nos da»: la vaca no «da» nada, no realiza ninguna donación, la vaca es inducida a tener siempre las ubres a reventar por las secuenciales inseminaciones, luego despellejada y finalmente descuartizada. Nunca nos detenemos en la mirada de la vaca, esa mirada curiosa, des-

concertada, explícita y miope en la distancia, aunque precisa en la cercanía. Detenerse en su mirada sería tomar conciencia de que no nos detenemos en su mirada: de que, aun pudiendo, no queremos «ver». Verla sería asumir una nueva forma de entenderla y de establecer una vinculación con ella. No verla es evitar eso y mantenerla en cosa.

A DERRIDA LE FASCINABA LA MIRADA DE SU GATA. DERRIDA MIRABA A SU GATA Y ESTA LO MIRABA A ÉL. Esa mirada hace que se replantee, por completo, la relación de propiedades entre el animal y el humano. Mirarse a los ojos entre dos seres capaces de mirarse a los ojos es establecer una relación ética. Solo se puede sonreír a quien se ve. Levinas lo sabía muy bien. Es enfrentarse a la radicalidad de que hay un «otro» ahí que reclama atención, que exige y merece amparo desde el momento que fijamos nuestra vista en sus ojos y estos nos la devuelven. Masht Hassan es un granjero. Así lo cuenta Gholam-Hossein Saedi en su relato *La vaca*. Su pesarosa existencia se hace soportable solo por su vaca preñada. A la que mira y le mira. Cuando tras una partida fugaz del granjero su vaca perece, sus amigos que saben del férreo vínculo afectivo que entrelaza a Hassan con su vaca, prefieren engañarle haciéndole creer que el animal ha desaparecido. Hassan no soporta no volver a la mirada de su vaca. En su sufrimiento primero niega la partida, después espera noche y día en la desesperación y tras ello enloquece. «Poco a poco» él se convierte en su vaca. Ve la propiedad de ella en él mismo. Hassan pasta, muge e intenta rumiar lo que ingiere. Finalmente perece. Un humano siendo vaca perece, como una vaca siendo una cosa perece. No solo por perder sus propiedades, sino por el inconcebible sufrimiento de no ser mirado por el otro, de no poder mirar



“Nunca nos detenemos en la mirada de la vaca, esa mirada curiosa, desconcertada, explícita y miope en la distancia, aunque precisa en la cercanía”

a los ojos del otro. «Ciegos, que viendo, no ven» diría Saramago. La primera estrategia para exterminar a cualquier otro, para convertirlo en una simple cosa puesta a disposición de nuestro servicio, es convertirlo en algo que no mira. En algo que no es mirado.

NUESTRA «VAQUERIZACIÓN», ENTENDIDA COMO LA EXPLOTACIÓN SISTEMÁTICA DE NOSOTROS MISMOS al reducirnos a «la cosa», tras sernos arrebatado todo lo que nos es propio, es creciente y se produce «poco a poco». Estabulados, cosificados, pendientes exclusivamente de nuestro rendimiento, infinitamente sometidos a la razón instrumental de un congénere que no nos mira sino que nos calcula. Atiborrados, como las vacas

en la granja de explotación, de ansiolíticos y cebados de paja seca, preñados de la «felicidad» del esclavo que aumenta el tamaño de las ubres para producir no se sabe qué, para quién. Entendidos a nosotros mismos y a nuestras relaciones como meros útiles a disposición que pueden, que deben, incrementar y maximizar el beneficio de aquel a quien le somos útiles, de aquel a quien servimos. El nuestro es un «mal de ojo». Nos «vemos» como vacas y, por lo tanto, ya no nos miramos a los ojos. Por miedo a descubrir que tras su mirada no vemos al que antaño fuera nuestro prójimo, nuestro conciudadano, nuestro amante, sino que veríamos a nuestro semejante: la vaca que nunca miramos a los ojos. □